

Raúl Porras Barrenechea

IV Centenario de San Francisco Solano

MONTILLA Y EL PERU

El Embajador del Perú en España, don Raúl Porras Barrenechea, publicó en el «A B C» de Madrid, el 22 de Julio de 1949, el siguiente artículo, dedicado a don José Cobos Jiménez:

En 1549 nació en Montilla, el 10 de marzo, Francisco Solano, el futuro apóstol del Perú, quien murió en Lima, en olor de santidad, el 14 de julio de 1610, día de San Buenaventura.

El pueblo montillano ha querido celebrar este centenario de su hijo y Patrono, derrochando todo el caudal de sus bodegas áureas en honor del «santo» único y por antonomasia de «Solano», como se le llama con acento de familiaridad vecinal.

Tienen eficacia estas celebraciones centenarias porque descubren, al margen de ciertos tópicos inevitables, conexiones imprevistas de almas y de cosas y atraen al forastero hacia los secretos y la esencia de una vieja ciudad, de un libro añejo o de una vida pretérita. Así, este centenario montillano que ha puesto de relieve no sólo la figura de San Francisco Solano, sino todo el valor de la acción misionera de España en Indias, ha llevado a la multitud a arrodillarse en la calle de Sotollón, frente a la casa del Santo, y a besar al paso la mano del insigne obispo de Córdoba, al propio tiempo que se le hacía entender, por la «radio», nombres de tiempos desoidos, como el de Juan de Avila y el Gran Capitán, y hasta aprender la geografía del Perú en los «Comentarios Reales», del Inca Garcilaso, que los escribió precisamente en Montilla y en Córdoba. No fué por eso extraño, en el desfile de carretelas y de jacas briosas y de bellas muchachas con su atuendo de volantes, de coplas y de castañuelas, ver circular por las calles estrechas de Montilla un enorme barco, cuyo capitán era San Francisco Solano, interpretado lozanamente por una andaluza quinceañera, rodeado de algunos indios inverosímiles y de una marinería de emergencia que llevaba sobre la borda esta inscripción

de fábula: «Peregrinos del Perú». Montilla, por virtud y milagro de San Francisco Solano, se puso a soñar por unas horas con el Dorado perulero.

Montilla, aseguran los montillanos, es un surco provechoso para el zumo sabroso de las vides y para el florecimiento de las divinas plantas místicas. El oro viejo de los retablos atraviesa los vitrales de las iglesias y va a besar el fondo áureo de las botijas y el dedal de oro de las copas del rubio amontillado. El beato Juan de Avila predicó en Montilla y desde ahí escribió cartas a San Ignacio y a Santa Teresa, llenas de fuego doctrinal; San Francisco de Borja creó un ilustre colegio de jesuitas donde se educó Solano y las místicas y devotas discípulas del Beato de Avila culminaron en la figura de «la santa condesa de Feria».

Es innegable la deuda del Perú para Montilla al enviarle, para iluminar sus consejas de piedad y la dulce crónica franciscana, al santo apóstol moreno, pero lo es también el saldo de gracia, en favor del Perú y de Lima, por todo lo que ésta hizo en siglos piadosos por enaltecer la gloria del franciscano y llevarle a los altares. San Francisco Solano pasó, es cierto, por muchas regiones de América, hollando la tierra infiel con su sandalia evangélica, cruzando los ríos sobre su manto doblado, viviendo días de parábola junto a los ceibos y los ombús, deteniendo a los toros bravos con su cordón mirífico, ahuyentando a los mosquitos y a los ejércitos de langostas, o haciendo brotar el agua de las rocas sedientas; pero su santidad más genuina, la del cenobio y la de la penitencia, la de la celda musical poblada de pajarillos, la del rabel que extasiaba al convento máximo de Jesús, la del cilicio y las llagas, la de la predicación exaltada con el Crucifijo en las manos anunciando la destrucción de la Nínive pecadora, que era la Lima del marqués de Montesclaros, la del taumaturga y el varón extático obsesionado de Dios, es, sin duda, la de su tránsito limeño hacia la gloria seráfica.

Y Lima recogió, la primera, la estameña bendita del huerto franciscano y la besó con recogimiento. El virrey del Perú, don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, y el arzobispo de Lima, don Bartolomé Lobo Guerrero, cargaron en persona el féretro del Santo, con rango y honor inusitados en la quisquillosa etiqueta colonial. El Cabildo de Lima inició el proceso de canonización en 1629, y lo designó, «por la señal de la Cruz y para siempre», abogado y patrono de la ciudad de los Reyes. Y un limeño esclarecido, en las

letras y en el espíritu franciscano, fray Diego de Córdoba y Salinas, el de la maravillosa crónica de los doce apóstoles del Perú, escribió, apenas en 1632, palpitante todavía el hálito de milagro del apóstol en la Recolectión limeña, la «Vida, virtudes y milagros del Apóstol del Perú, Fray Francisco Solano», que es el más limpio espejo de la vida del Santo y el más dulce y delicioso retoño de las florecillas, bajo la cruz del Sur.

Lima ha guardado con celo de piedad y de tradición las reliquias y los recuerdos del Santo; la pobre celda de enfermería en que murió, la Recolectión de los Angeles con sus patios y callejones enlucidos de cal y sus leyendas ascéticas, el retrato que se le hizo después de muerto y desenterrado, y sus reliquias que reposan en una urna de plata en la iglesia de San Francisco, de Lima.

Estas son las ataduras místicas entre Montilla y Lima. Pero a ellas se añade otra silenciosa vinculación espiritual, y es la de la permanencia de treinta años, los mejores, acaso, de su vida, de 1560 a 1590, de los veinte a los cincuenta de edad, del inmortal autor de los «Comentarios Reales», en la villa de Montilla. El Inca, ese desterrado melancólico del Cuzco, al que llamó «madrasta de sus hijos y apasionada madre de los ajenos», encontró paz y reposo, sosegado aliento para depurar su espíritu y para escribir sus obras en el soleado vergel montillano.

Lo sabían o lo sospechaban los biógrafos más graves de Garcilaso, pero el pueblo montillano lo ignoraba casi, que en Montilla, adonde fué Garcilaso a vivir al lado de su tío don Alonso de Vargas, escribió el Inca su traducción de los «Diálogos de Amor», de León el Hebreo, publicada en Madrid en 1590, el primer libro de un americano en Europa, cuyo prólogo se halla fechado precisamente en Montilla el 19 de enero de 1586. Un erudito cordobés, don José de la Torre y del Cerro, ha exhumado copiosos documentos sobre la estancia de Garcilaso en Córdoba, y algunos, extraídos de los archivos cordobeses, sobre la estancia en Montilla. Pero en el archivo del Ayuntamiento y en el de la parroquia de Santiago, de Montilla, abundan las huellas de esos treinta años de meditación y de silencio. Recorriéndolos, en una primera impresión, he hallado al Inca, acompañando ceremoniosamente a su tía doña Luisa Ponce de León, esposa de Alonso de Vargas, en bautizos parroquiales o en bodas, reclamando la herencia de su tío y litigando con la buena e ilustre señora, por los trajes y aderezos masculinos del difunto, que aquélla no podía

usar, vendiendo o comprando viñas o mulatos, preparándose para salir a la guerra de Granada en servicio del rey y del marqués de Priego, o impartiendo instrucciones al Cuzco «en la Tierra Firme del Mar Océano», para recoger los bienes que dejó a su madre, «doña Isabel Suárez», cuando él salió del Nuevo Mundo y acostumbraba a llamarse Gómez Suárez de Figueroa.

Lima guarda los recuerdos de San Francisco Solano y Montilla los de treinta años de vida de Garcilaso, en los que forjó sus obras admirables. Y acaso, por esta meditación de centenario, vengamos a dar por gracia de la cronología, en que debió existir una amistad e influencia directa entre Garcilaso y San Francisco Solano. Garcilaso llegó a Montilla en 1560 y vivió en ella hasta 1590 o 92, y fray Francisco salió para América en 1589. Convivieron, pues, en la misma ciudad y debieron cruzarse en las calles estrechas, el fraile «enjuto y moreno», y el capitán «mediado de cuerpo, moreno, muy sosegado en sus razones», que describió Iñigo de Córdoba. Garcilaso tenía en 1589 cincuenta años y el fraile cuarenta. Los biógrafos de Solano dicen que éste había decidido ir a Berbería, pero que a última hora resolvió partir para el Perú, en las naves del virrey don García Hurtado de Mendoza, el héroe frustrado de la «Araucana». Esta repentina decisión por el Perú se explica en Montilla por la presencia de Garcilaso, que entonces revolvía en sus recuerdos la historia de los Incas y de la conquista. El diálogo entre ambos espíritus se presume ineludible.

Fray Francisco de Montilla llevó a los huertos místicos de Lima, para que fermentase entre murmullos de agua y alegre fiesta de azulejos, el mejor mosto de caridad y de fe de las vides montillanas, y Garcilaso, desposeído de su imperial ciudad del Cuzco, llegó a Montilla llevando auestas el fardo de su melancolía y su tristeza de «indio antártico», pero la alegre y generosa villa andaluza le dió a beber, en el hueco de la mano, sus zumos generosos, y de ellos brotó, como en un milagro de San Francisco Solano, el agua clara y cristalina de los «Comentarios Reales».